

EL ARQUITECTO DE LA MISERIA

El lenguas se agitaba entusiasmado, con esa pasión que lo arrebatava cada vez que se sentía creativo, iba y venía repartiendo órdenes, consejos, como un general en medio de una batalla. Lo había visto, sabía exactamente lo que deseaba y dirigía las operaciones con la tranquila convicción que derivaba de esa certeza. *La sucia* apoyaba delicadamente un palé de los que se utilizan para transportar mercancías contra los troncos propicios de los dos árboles cuya visión iluminara el día antes a su jefe, y *el cojo* apilaba cartones contra las dos barras de metal que éste había clavado en el césped, delante de cada uno de ellos, a cierta distancia, dibujando así sobre la hierba un rectángulo imaginario.

“Energía, *cojo*, energía” arengaba *el lenguas*. “¿Quieres dormir esta noche en la nueva residencia? Pues apresúrate, que son las ocho.”

Mientras veía a sus subalternos trabajar *el lenguas* pensó que aquel emplazamiento era magnífico y se sintió orgulloso de haberlo encontrado: en el mismísimo centro de la ciudad, sobre el verdor idílico de un pequeño jardín que sólo frecuentaban algunas madres con sus hijos- había unos columpios en su lado norte-, sombreado por varios árboles, fresco, ventilado... “¡Vaya pisito de lujo que te he buscado, *sucia*!” exclamó victorioso. “Dime, cuándo has vivido tú en una mansión como ésta.” *La sucia* sonrió, mostrando unas encías peladas que sólo sostenían ya dos o tres dientes.

Pero de todas las ventajas que aquella ubicación presentaba la que *el lenguas* prefería era el relativo silencio. Más allá de los columpios, por su lado norte, como se ha dicho, cerraba el espacio un enorme edificio administrativo. Por el lado este unos grandes almacenes lindaban directamente con el jardín, o más exactamente con el paseo que los separaba, una calle peatonal de unos doscientos metros. Por el lado oeste, delante de una hilera de edificios, discurría una calzada de cuatro carriles, dos para cada sentido, pero el tráfico era escaso por la noche, e incluso durante el día. Esta carretera desembocaba por el lado sur en una amplia rotonda decorada con una fuente de la que continuamente se elevaban varios chorros de agua. El jardincito o parterre, porque no llegaba a ser un parque, se encontraba así abrazado, protegido del estrépito urbano.

El miserable tenderete comenzaba a adquirir el digno aspecto de una chabola. Desde la primera barra hasta el primer tronco *el cojo* había levantado un modesto tabique superponiendo varias cajas de cartón convenientemente desplegadas. De un tronco a otro el palé colocado por *la sucia*, y cubierto también con varios cartones para evitar las filtraciones de aire y de luz, se erguía como un segundo murete. Del segundo tronco hasta la segunda barra unos arbustos facilitaban la tarea de cerramiento. *El cojo* dobló unos cartones y siguiendo las indicaciones del *lenguas* tapó el hueco que quedaba, logrando así un muro mixto de gran eficacia protectora. El espacio entre las dos barras se dejó abierto, simulando la entrada, aunque se consiguió cierta intimidad al tender de una a otra una cortina de baño un poco desgarrada que *la sucia* había encontrado en algún sitio, y el habitáculo se cubrió con dos sábanas que *el cojo* había robado esa misma mañana de un tendedero, siguiendo las instrucciones del genio constructor. La ventaja de aquella

edificación radicaba, como su propio artífice explicó a los sufridos trabajadores- más tarde afortunados residentes, felices inquilinos-, en la posibilidad de montarla y desmontarla casi inmediatamente, en un plazo no superior a quince minutos. El concepto de deconstrucción era fundamental, porque el tenderete no podía permanecer alzado cuando ellos se marchasen a sus habituales vagabundeos. Una chabola tan céntrica sería inmediatamente ocupada por marroquíes, que no paraban de llegar a la ciudad y no siempre tenían donde cobijarse, o por otros compañeros de *oficio*- entre los indigentes no se respeta demasiado la idea de propiedad, y mucho menos el derecho de autor-, o desmontada por la propia policía. *El lenguas* ya había tenido que enfrentarse a todas aquellas situaciones, y esta vez no quería repetir el mismo error. “ De ahí que haya recurrido a esta inteligente solución constructiva: la chabola desmontable ” explicó el arquitecto a sus embobados albañiles.

Desde que lo conociera *la sucia* experimentaba siempre la misma sensación al oír sus discursos, la misma estupefacción admirada, el mismo asombro boquiabierto. Lo mismo le sucedía al *cojo*, que obedecía cualquier orden del *lenguas* alegremente, casi con agradecimiento, porque no las interpretaba como una imposición, sino como un regalo, como una dádiva de aquel individuo admirable a su mezquina persona. Su locuacidad, las extrañas palabras que manejaba, la poderosa pasión con que las expelía, embelesaba a sus semejantes y lo había convertido en el líder absoluto de muchísimos mendigos de la ciudad. Cuando *el lenguas* les pidió que lo acompañaran y que colaboraran con él en la construcción de una de sus chabolas, le siguieron fervorosos, casi con la sensación de haber sido señalados por un dedo divino para una misión decisiva.

El lenguas rodeó la chabola despacio, sujetándose la barbilla con la mano derecha y emitiendo algunos comentarios técnicos que *la sucia* y *el cojo* no entendieron. Finalizada la inspección los operarios se introdujeron en el recinto, fatigados por la tarea, y se tendieron cómodamente sobre la hierba. El autor, fuera, giraba sobre sí mismo orgulloso, como un torero que brinda la faena al numeroso público que se reúne en la plaza. Tres mujeres pasaban en ese momento frente al humilde tinglado. Cada una llevaba varias bolsas y comentaban animadamente las múltiples combinaciones de vestuario que podían realizar con las distintas prendas que habían adquirido. Desviaron la mirada un segundo, vieron a un mendigo de pie a la entrada de un sucio tenderete y continuaron conversando. No se detuvieron a contemplar la milagrosa edificación que se alzaba en el parterre. *El lenguas* las increpó irritado, pero tampoco le oyeron. Se volvió entonces y descubrió que una pareja de novios atravesaba el jardincito por un pequeño camino de tierra. El muchacho y la muchacha habían salido de la *Inmobiliaria Casafácil* y cruzado la calzada, y ahora comentaban sus impresiones sobre las distintas viviendas que les acababan de mostrar. “ El ático, nene, a mí lo que más me gusta es el ático ” dijo ella. “ Ya, cariño, y a mí, pero cuesta treinta y nueve millones... ” Cuando llegaron a su altura *el lenguas* invadió el sendero con un aparatoso movimiento de brazos. Era como la ridícula reverencia de un bufón. Los jóvenes no comprendieron que deseaba mostrarles algo y esquivaron al desharrapado con una mezcla de repugnancia, frialdad y desprecio. Hacía ya demasiado tiempo que esas reacciones no le herían. Hacía ya demasiado tiempo que *el*

lenguas no esperaba nada de los demás- ni de sí mismo tampoco, naturalmente-, salvo un poco de comida y, quizá, de conversación. Y la comida no contaba en esa cuota de generosidad, porque el gesto de entregar una limosna- en dinero o en especie-, era para él un gesto abstracto, la materialización de la idea de piedad, en la que, y como otros muchos, por razones que nunca se supieron, se había refugiado. Sus benefactores no tenían rostro, eran la masa anónima de los que daban, tan impersonales como el borroso mendigo al que se regala unas monedas. Hacía ya demasiado tiempo que esas reacciones no le herían, sí. Por eso la repugnancia o el desprecio no le dolieron tanto como el desinterés con el que el dúo había obviado tan magnífica construcción. Cuando se trataba de sus originales creaciones *el lenguas* necesitaba el aplauso del público. Era el único momento de una vida absolutamente libre en que dependía de los demás. Pero el individuo medio demuestra una escasa capacidad de percepción de lo milagroso, una total incompetencia para descubrir las irrupciones de lo imposible en la consabida realidad.

El lenguas depositó entonces sus esperanzas en un matrimonio de avanzada edad que se acercaba lentamente en dirección contraria. Eran dos ancianos que habían ido de visita a aquella ciudad del sur que no conocían, y ahora paseaban tranquilamente. Ella lucía un ostentoso abrigo de piel, impropio para los diecinueve grados de una tarde de finales de octubre allí, y él un elegante traje que incluía corbata. *El lenguas* los interceptó en la acera, señalándoles con una mano el tenderete y gritándoles extrañas palabras en ese idioma inverosímil que solía improvisar cuando se hallaba nervioso o contrariado.

“ ¡Nemaneo mondarul odore ane! ¡Ilicrín ilicrín mambrado! ” exclamó. Aquella visión inesperada y desagradable asustó a la señora. El bolso se le deslizó por el brazo, repentinamente aflojado, hasta el suelo, donde se desparramó su contenido. El anciano se agachó dificultosamente y comenzó a recoger los objetos de su esposa mientras insultaba al mendigo. “ ¡Sinvergüenza, golfo, canalla ! ” le dijo. “ En la cárcel deberías estar, encerrado. ” *El lenguas* se alejó temeroso y se refugió en la chabola. Hasta allí llegaban las ultrajantes palabras que el irritado señor seguía arrojándole. Nervioso, no podía controlar sus delirios verbales: “Amaramana redualén ostofe ” murmuró. “ Ostofe ostofe...” *La sucia* y *el cojo* acomodaban distraídamente una serie de cachivaches en el interior del tinglado. Las voces se fueron apagando poco a poco.

Hay *ciudades* bien gestionadas en las que los mendigos son expeditivamente removidos de las zonas céntricas y trasladados a la ventajosa invisibilidad de la periferia, donde resultan menos molestos para los ciudadanos y los visitantes, o directamente compelidos a hurgar en los contenedores de la basura de otros municipios. Pero aquella no parecía contarse entre ese número indeterminado. Quizá porque los representantes públicos consideraban que la marginación y la indigencia, la pérdida de la propia estima, el abandono de sí mismo, son ya suficiente desgracia como para acrecentarla con el desprecio colectivo y los pudores hipócritas y formalistas, o quizá simplemente por desinterés, o por mala conciencia, o por compasión... Así que en aquel parterre estratégicamente situado se levantaba con absoluta naturalidad un pintoresco tenderete frente al que los transeúntes circulaban impasibles. Consideraban con displicencia que la mendicidad era otra opción posible, la opción de vida que habían elegido los que no

querían someterse a los ritmos y las servidumbres de la comunidad. Podía argumentarse que no todos los pordioseros habían escogido voluntariamente ese estado, que algunos fueron arrojados al mismo por circunstancias desfavorables y repentinas, traumáticas, o tras una degradación de la vida familiar, o laboral, o afectiva, o de todas al mismo tiempo, pero en ese caso uno se consolaría pensando que los servicios de acción social-comedores públicos para menesterosos, psicólogos, asistentes...-, ciertas órdenes religiosas tradicionalmente dedicadas a esa tarea y los nuevos colectivos laicos de ayuda no oficiales se encargarían inmediatamente de restituirles- en la medida de lo posible, claro- la dignidad perdida, y esas soluciones tranquilizadoras, aunque no definitivas, lo reconciliarían de nuevo con su especie y ubicarían las visiones incómodas de la miseria en el orden natural de las cosas.

De nuevo se escucharon voces en el exterior y *la sucia* asomó la cabeza.

“ ¡ *Lenguas*, sal, *lenguas* ! ” gritaban unos muchachos. “ *Lenguas*, te llaman ” dijo *la sucia* ásperamente, como si le molestara aquella invasión de su intimidad doméstica. El invocado salió fuera y se acercó sonriente a la pandilla. “ Vaya chulé que te has hecho ” le dijo uno. “ *Lenguas*, por qué no te pasas un día por el barrio y nos haces una cabaña ” pidió otro mientras se iban acercando a examinarla. “ Sí, que te salen muy bien ” apostilló el primero. El autor se apoyó cuidadosamente en una de las barras metálicas que fingían la puerta y alzó la barbilla orgulloso. La reunión duró varios minutos, durante los cuales *el lenguas* expuso al grupo su hallazgo de la chabola desmontable. Finalmente, cuando comentaba entre las risas reprimidas y los codazos cómplices del público los problemas técnicos que había tenido que superar, uno de ellos le interrumpió, y le pidió que hablara en su extraño lenguaje. “ Yo sólo me expreso en español ” dijo secamente.

“ Ahora marcháos, venga, que tengo que descansar. ” El grupo insistió débilmente, y luego desapareció.

El lenguas, que en sus vagabundeos recorría toda la ciudad, era conocido en la mayoría de los barrios, especialmente por los niños y los muchachos, que disfrutaban con su raro aspecto, sus largas disertaciones y sus extravagancias, pero también por las mujeres- las madres de sus oyentes más jóvenes-, que conversaban con él y, apiadándose, le regalaban comida algunas veces. Su popularidad, tan grande entre los ciudadanos como entre los indigentes, no impedía sin embargo que aquel hombre fuese una evidencia misteriosa, un famoso desconocido. Porque lo que se sabía del *lenguas* era estrictamente lo que se veía: su larga barba y su melena montaraces, su fabulosa corpulencia abrigada- se vestía siempre, independientemente de la estación, con todas sus ropas, lo cual incluía una larga bufanda, dos jerseys y un grueso abrigo-, y los inesperados objetos que llenaban sus bolsillos y con los que solía sorprender a sus auditorios: relojes antiguos, fotografías viejas, conchas marinas, sacacorchos, destornilladores, libros descuartizados...

También era conocida su manía edificadora. En los últimos siete u ocho años *el lenguas* había levantado por toda la ciudad una treintena de chabolas, valiéndose de los materiales de construcción más variados y extravagantes: tablones de madera, ramas de árbol, percheros, somieres, tejas de uralita, ropa usada, ladrillos robados, placas de plástico, trozos de metal... Solidez y complejidad caracterizaban paradójicamente sus

frágiles estructuras. La indigencia celebraba reverente sus ingeniosísimas soluciones constructivas. Y se decía que un catedrático de la universidad y un conocido pintor fotografiaban sistemáticamente sus creaciones. Había incluso un itinerario que llevaba a los nuevos mendigos o a los despistados por los distintos lugares donde todavía se conservaba alguno de los curiosos tenderetes del *lenguas*: en la Playa del Islote, en Calle Albadalejo, las dos del Barrio de La luz, la de la Explanada del Moribundo... Una especie de ruta artística para iniciados.

El origen de su alias era igualmente obvio. Como parecía expresarse con mucha soltura y dominaba varios idiomas alguien lo apodó irónicamente *el lenguas*. Pero los restantes datos que circulaban sobre su persona pertenecían al territorio de la leyenda. Aunque sería más exacto decir de las leyendas, porque había varias, algunas complementarias, otras contradictorias. El folclore popular sólo coincidía en la afirmación de que *el lenguas* era un ciudadano próspero y educado antes de que la vida lo empujara a aquella lamentable situación. Unos aseguraban que había sido un poderoso empresario, y satisfacían su misoginia señalando a una oscura mujer como la culpable de su estrepitosa caída- los detalles eran tan folletinescos como pueda imaginarse. Otros sostenían que en su vida anterior *el lenguas* trabajaba como arquitecto en Madrid y no había superado la depresión que le produjo un fracaso profesional- y aquí los matices iban desde la simple frustración artística hasta el derrumbamiento con víctimas del edificio, incluyendo las responsabilidades penales subsiguientes. Una nueva versión, más inquietante, defendía la locura repentina e inmotivada de un profesor universitario. Una más la de un escritor sudamericano, peruano concretamente- esta ascendencia explicaba el extraño lenguaje que solía utilizar en algunos momentos, que según los sostenedores de la teoría era quechua. Y todavía podrían consignarse, como mínimo, otra decena de explicaciones igualmente pintorescas, la mayoría, seguramente, mucho más fabulosas que la realidad.

La sucia se despertó a las nueve y descorrió la cortina de plástico transparente que les servía de puerta para que el aire ventilase el interior del recinto. *El lenguas* y *el cojo* protestaron amargamente, aunque la luz que había entrado no era más intensa que la que ya les iluminaba unos segundos antes. Media hora después, por fin, abandonaron la chabola y procedieron a desmontarla. *El lenguas* lo había previsto todo, como explicaba a sus subalternos, que de nuevo obedecían órdenes. Los cartones que *el cojo* plegaba se guardaron, junto con las sábanas y la cortina de baño, igualmente dobladas, debajo del arbusto. En el tronco hueco de uno de los árboles se ocultaron las dos barras de metal. El palé fue trabajosamente elevado por los tres hasta el otro árbol, y quedó apoyado sobre las gruesas ramas. “ Por sí solo cada uno de estos elementos es inútil “ dijo *el lenguas* malicioso. “ Interesa separarlos...” Concluida la tarea en la marca más que aceptable de once minutos, cada uno se marchó por un lado, *el cojo* y *la sucia* arrastrando sus cachivaches, y *el lenguas* su pesado abrigo.

El día transcurrió normalmente, con la misma monotonía que la jornada laboral de un ciudadano cualquiera. *La sucia* se dedicó a aparcar coches toda la mañana y por la tarde se fue a la playa a beberse el vino que había comprado con la recaudación; *el cojo*

recorrió todos los contenedores de basura de un par de urbanizaciones residenciales; y *el lenguas* haraganeó hasta la hora del almuerzo, cuando se desplazó hacia los Comedores Municipales. Por la tarde entró en el puerto y se sentó junto a un almacén, frente al mar. Estaba un poco deprimido y no le apetecía caminar, su afición preferida y su dedicación más consolidada.

Hacia las ocho se reunieron de nuevo en su improvisado domicilio. Cuando *el lenguas* llegó *la sucia* y *el cojo* ya estaban trabajando. Se sentó sobre la hierba y tomó el mando de las operaciones. Concluida casi la tarea, y para decepción del grupo, aparecieron de repente dos policías municipales y les ordenaron que desmontaran el tenderete, que arrojaran los cartones, las barras de metal, el palé, etc, a un contenedor de basura y se marcharan. “¿Cuántas veces te hemos dicho que no construyas *casitas* en el centro de la ciudad, *lenguas* ? ¿Quieres que te encerremos otra vez ?” El agente se refería a la última infracción del *lenguas* a la ley no escrita que prohibía edificar tenderetes en el corazón económico-administrativo de la urbe. El ingenioso mendigo había levantado en un parque su construcción más audaz. Pero no en un jardín cualquiera, sino en el más afamado del municipio, situado a unos trescientos metros del ayuntamiento, el corazón verde de la ciudad, uno de sus rincones más queridos. Milagrosamente la cabaña permaneció allí durante dos días, pudiendo ser contemplada por numerosos ciudadanos. Fue el comienzo de la leyenda popular del *lenguas*. Era una especie de casa suspendida. Acunó primero varias tablas entre las ramas favorablemente inclinadas de un árbol, y consiguió así un suelo lejos del suelo. Afirmó luego un perchero en una esquina y tendió dos cortinas verdes hacia los extremos opuestos. Ya tenía la mitad de los tabiques. Recortó un rectángulo en uno y un cuadrado en otro y abrió una puerta y una ventana. La tabla de una mesa de ping-pong se usó como tercer tabique. Cerró la edificación con dos puertas viejas que colocó con los pomos hacia el interior, y que después pintó de verde para que el conjunto no desentonara. Desmembró cuatro sombrillas de playa, las cosió unas a otras por sus extremos y consiguió un techo onírico y colorista, y muy fresco, como correspondía a una residencia de verano. El acceso a la misma se realizaba a través de una escalera en espiral que situó junto al tronco y que había conseguido en alguna parte. Para llegar desde la una hasta la otra había que realizar simplemente un pequeño salto.

Pero la causa de su detención no fue el levantamiento de una chabola en un parque, sino el desorden público que *el lenguas* ocasionó posteriormente. Los políticos locales y la ciudadanía estaban inmersos en plena campaña electoral. Había que elegir a los nuevos cargos municipales y nuestro indigente, irritado por la injusta destrucción de una de sus creaciones más originales, arengó a una treintena de mendigos y se dirigió al frente de ellos hacia la plaza donde el alcalde defendía su candidatura. Llegaron alborotando e interrumpieron el mitin en el momento en que un cargo nacional del partido alababa la prosperidad que su compañero había llevado a aquella ciudad. Los fotógrafos reaccionaron con la avidez comprensible y al día siguiente los periódicos que simpatizaban con la oposición mostraban instantáneas lastimosas, de un patetismo desgarrador, que acompañaban de titulares irónicos e interesados y de artículos

contundentes y ventajistas. Las dos noches siguientes *el lenguas* durmió en el calabozo de una comisaría, y desde entonces se convirtió en un personaje *público*.

“ Pero si no molestamos a nadie, agente ” aseguró *el lenguas*. “ Y la desmontamos por la mañana además, lo guardamos todo y no volvemos a montarla hasta la noche, para dormir. No se ve, agente, no se ve ” imploraba el menesteroso, que sabía que la ciudad le consentiría hacer lo que quisiera, siempre que lo caracterizara la invisibilidad. Podía dormir en los jardines, en las playas, pasear sucio y harapiento, como una imagen extrema de la libertad, levantar una chabola en cualquier descampado, vivir de la caridad pública, sin ofrecer nada al colectivo que tan desinteresadamente lo alimentaba, pero esa tolerancia tenía sus límites. La ciudad no permitía que se violasen sus espacios simbólicos, y en aquel lugar se levantaba un importante edificio administrativo, que contenía las delegaciones de varios ministerios, existían seis o siete establecimientos comerciales- un restaurante, una panadería, una agencia inmobiliaria...-, cuyos dueños denunciaron la presencia de mendigos chabolistas y, sobre todo, unos grandes almacenes, el espacio más sagrado e inviolable. Los agentes no condescendieron y los tres camaradas durmieron esa noche a la fresca intemperie de octubre. “ Viripedín aledo graumafo ” se oía perorar al *lenguas* mientras *el cojo* arrojaba las sábanas del techo a un contenedor de basura y *la sucia* se disponía a hacer lo mismo con las barras metálicas de la puerta.

“ Uranendo brao irducha. ¡ Brao irducha ! ”

El lenguas amaneció cansado, y más deprimido aún que el día anterior. Se despidió de sus camaradas y comenzó a caminar. Se dirigía sonámbulo hacia el centro de la ciudad. No pensaba, ni miraba, ni recordaba: simplemente se desplazaba, sumergido en una vasta tristeza, como un bañista ciego en el mar. Pasó junto a un enorme cartel publicitario en el que se distinguía, en mitad de una espesura tropical, una extravagante construcción elaborada con los materiales más inverosímiles, y que anunciaba una exposición de fotografías: *Imágenes urbanas. Sebastiao Pinto*. No lo vio. Más adelante torció inconscientemente a la derecha e ingresó en una larga avenida. Un frenazo repentino le despertó. Alzó la vista, abrió los ojos abiertos y por primera vez en varios minutos distinguió lo que miraba. Había un motorista en el suelo, herido, y la gente comenzaba a amontonarse alrededor. Miró desganadamente al grupo, escuchó con indiferencia los gemidos y, de pronto, gritó, aunque el tumulto urbano engulló inmediatamente su voz. Detrás de la masa inmóvil de ciudadanos que observaba al hombre caído y a las dos o tres personas que le asistían, cubriendo la fachada de un edificio público, se veía de nuevo el cartel que anunciaba la exposición de fotografía del brasileño Sebastiao Pinto. Aquellos árboles, la imagen familiar de la chabola suspendida, la inconfundible escalera de caracol, elevándose junto al tronco como otro tronco paralelo, el perchero, las cortinas, el estridente colorido de las sombrillas que en su día fingieron un techo... La recordó inmediatamente, aunque sólo había estado en pie cuarenta y ocho horas: era su casa, la que había levantado en el parque principal de la ciudad, la que tanto le dolió perder. La tristeza desapareció y se sintió feliz. Miraba a los ciudadanos y les señalaba la imagen, pero ellos veían sólo el tumulto que se origina después de un accidente, y contemplaban con extrañeza e incomodidad su sucia figura gesticulante. Pero *el lenguas* no se ofendía.

Nada podía ensombrecer un momento tan maravilloso. “ ¡ Barabando aleri ! ¡ Muga vidareo ende ! ”- se le disparaba, nervioso, la elocuencia, mientras se agitaba sobre la acera en un absurdo baile, ebrio de orgullo. Después se sentó en un portal, frente a la visión recuperada de su obra magna, y pasó allí varias horas, con la boca permanentemente abierta en una sonrisa bobalicona. El acontecimiento le había devuelto la confianza en sí mismo y le había reconciliado momentáneamente con los demás. E incluso con la vida, que en aquellos momentos, y de repente, parecía hermosa.